



Diario pinchado

Mercedes Halfon

Está mal pero lo hago: un ejercicio permanente de inducción. Cualquier alemán es los alemanes. Cualquier buzo es los buzos. Cualquier salchicha es las salchichas. Cualquier inmigrante es los inmigrantes. Cualquier esquina es Berlín. Cualquier tarde es la primavera. Cualquier poeta es la poesía. ¿Cómo abandonar este vicio? Es el vicio del turista intenso. De todo querer hacer una definición.

las afueras

Diario pinchado

f

Mercedes Halfon
DIARIO PINCHADO

las afueras

Diario pinchado © Mercedes Halfon, 2020
por mediación de MB Agencia Literaria S.L.
Publicado por primera vez en Entropía, Argentina, 2020
© de esta edición, Editorial Las afueras, 2021
Av. Diagonal, 534, 2º 2ª
08006 Barcelona
www.lasafueras.com

ISBN: 978-84-122440-2-1

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer
Maquetación: María O'Shea
Imagen de la cubierta: *Tender la mirada*, de Desirée Rubio De Marzo / Escrito a lápiz

*Este diario, a pesar de las apariencias,
tiene igual derecho a la existencia que un poema.*

Witold Gombrowicz, *Diario argentino*

*Este diario, a pesar de las apariencias,
tiene igual derecho a la existencia que un poema.*

Witold Gombrowicz, *Diario argentino*

Jueves 30 de abril

En este momento estoy en ninguna parte. Aunque hay una frase, *estar en las nubes*, que considera este lugar una residencia posible. Ahora que las tengo al lado y las observo desde hace doce horas, pienso que lo definido no es un espacio, sino una sensación del cuerpo. El estado etéreo y vaporoso, asimilable al aspecto de las nubes. *Ser una nube* debería decir la frase. Es una sugerencia que se me ocurre.

Dejo mis meditaciones porque se acerca el momento de llegar. Hay que ponerse el cinturón y sostenerse en el corcoveo del avión cuando abandona su zona de confort y baja.

Azorada por la costumbre de los argentinos de aplaudir en el aterrizaje. No entiendo ese modo de exteriorizar sus miedos y alegrías. No entiendo qué les transmite la idea de un destino. Mi incertidumbre no logra disiparse cuando las ruedas tocan tierra extranjera. Mientras espero que abran las compuertas para salir, chequeo la lista que hice en Buenos Aires.

Avión

Pasaporte + seguro médico

Check-in

Dirección en Berlín: Torstraße 114, 2º piso, departamento 12. Hartung (dueño)

100 euros

Un cartón de Gitanes Blondes

Diccionario mínimo

Hola, qué tal: *Hallo, wie geht's* (Jaló, bi guets)

Por favor: *Bitte* (Bite)

Disculpas: *Entschuldigung* (Enshuldigung)

Chau: *Tschüß* (Chus)

Viernes 1º de mayo, Berlín, noche

Nuestro encuentro fue raro. Hace tres meses que estás acá, me sorprendió que ya hablaras alemán. Quedé atónita mientras le hacías un chiste al taxista que nos llevó. Los asientos eran de un cuero liso y reluciente que en cada frenada me hacía deslizar un poquito más hacia el suelo.

El edificio donde está nuestra casa es muy lindo. De afuera no parece, pero nada más atravesar el pesado portón de hierro se entra a un gran patio con plantas y bicicletas al que dan todas las ventanas. Nuestro departamento está en el segundo piso. Subimos la escalera en silencio, con mi valija golpeando en los bordes de los escalones. Adentro las paredes y los muebles son blancos y casi no hay decoración. Me esperaba una mochila de lona, como la que usan todas las chicas en esta ciudad. Tenía un kit que habías preparado con un mapa de Berlín, otro del subte, unos anteojos de sol, hebillitas para el pelo. Era un regalo de recibimiento. Será que tengo que camuflarme.

Al atardecer bajamos al bar de al lado y nos encontramos con Bergen, el poeta del que te hiciste amigo los primeros días de tu beca de escritor. Tenía puesta una camisa de mangas cortas floreada que resaltaba entre los vestuarios monocromos de los demás bebedores. Vive cerca. Hablaban en inglés por encima de la música y aunque dije que los comprendía, no lo hacía. Al principio sí, pero después la conversación se aceleraba y alejaba de mi discernimiento. Bajé el nivel de atención, con ayuda de la cerveza y el cansancio. Tu cara matizada por la luz sepia, tus rasgos filosos tan amados, investidos por los gestos de otra lengua. Por último solo percibía un murmullo gutural, al que cada tanto sonreía o asentía.